

GANADORA AUTONÓMICA



ARAGÓN

María Gascón – Colegio Victoria Díez

BUENO... ¿Y CÓMO HACE UNO PARA PEGARSE ESTO EN EL ALMA?

Las heridas hay que curarlas.

Cerró su agenda después de haber estado largo rato en silencio. Se trataba de una señora alta, delgada, vestida con ropa sencilla: una falda marrón, una camisa blanca y un abrigo que cubría casi todo su cuerpo. Llevaba consigo una agenda de color *camel* en un bolso negro. Parecía una persona inteligente, con una gran personalidad, aunque pasaba desapercibida de todas las miradas.

- Lorie Stevens, sí. Quería un billete para el tren que más kilómetros vaya a recorrer, el que más lejos vaya a ir.
- Bueno, ese tren va con destino a...
- ¡No quiero destinos!
- ¿Perdón?
- Usted deme ese billete.

Stevens sacó su agenda y abriéndola metió el billete anotando bajo él algo.

- Muchas gracias.

Se sentó en unas sillas que allí se encontraban, vacías y algo sucias. Se sentó y colocó su agenda de color *camel* encima de su falda de color marrón y al lado de su bolso de color negro. Empezó a observar la estación en la que se encontraba. Estaba deteriorada, algo sucia y vacía, un lugar que podía contar mucho sin apenas uno darse cuenta. Parecía haber sido muy transitada. En ella se podían ver las despedidas, las llegadas, las lágrimas, las risas, la tristeza, la alegría...

– Resulta patético que un lugar como una estación pueda decirnos tantas cosas, ¿no cree?
¿A quién espera?

- Trabajo aquí, señora.

–¿ Y espera aquí, señor?

– No, no espero, señora.

Stevens abrió su agenda y de ella sacó una tirita.

– Tome, esto es para usted.

–¿Qué puedo hacer con esto? ¿Para qué es esta...?

– Es para el alma, hágame caso, funciona, para las heridas que ésta deja.

– Bueno, ¿y cómo hace uno para pegarse esto en el alma?

Pero no hubo respuesta.

Pasaban las horas y Stevens seguía en la misma silla, con la misma postura, observando, esperando.

– Buenas tardes, señora– dijo un hombre sentándose junto a Stevens.

– Buenas tardes– respondió Stevens sin apenas mirar.

Ninguno habló. Se hizo un silencio, un incómodo silencio para aquel hombre que acababa de llegar y que sin saber por qué, no sabía qué decir, qué contar, solo le entraban ganas de explicar.

– Voy a Madrid. Allí vivo con mi mujer. Bueno, vivía, murió hace años, y tuve que irme-dijo llorando.

– Tome –dijo Stevens abriendo su agenda y sacando de ella una tirita–, es para el alma, hágame caso, funciona, para las heridas que ésta deja.

– Bueno, ¿y cómo hace uno para pegarse esto en el alma?

Pero no hubo respuesta.

El tiempo iba transcurriendo, pero Stevens no estaba cansada, seguía esperando en la misma silla, con la misma postura, observando.

– ¡Hola! –dijo una niña pequeña sonriendo.

– Buenas tardes –respondió Stevens sin mirar-. La verdad... No sé si llegaré a donde quiero ir, no sé si ese será el destino correcto, no sé si me iré, pero las heridas no solo hay que taparlas. Hay que curar las cicatrices que estas dejan en el alma para volver a coger fuerzas, ser nuevos y seguir. Hay que levantarse y seguir.

La niña sacó una agenda rosa y se fue corriendo.

Lorie sacó su agenda y, de ella, el billete.

– En aquel tiempo siempre estaba moviéndome.

En ese momento Lorie sonrió y se levantó. A las 17 horas, Canadá. Ése era su destino.